

SILVIA EUGENIA CASTILLERO

EN UN LAÚD
—LA CATEDRAL



poesía

En un laúd
—la catedral

Silvia Eugenia Castellero obtuvo el segundo lugar en el género poesía del Certamen Internacional de Literatura Letras del Bicentenario “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2011. El jurado estuvo integrado por Lucía Rivadeneyra, Eduardo Casar y Ernesto Lumbreras.

La presente publicación se escribió con apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Leer para pensar en grande

COLECCIÓN LETRAS



poesía

SILVIA EUGENIA CASTILLERO

En un laúd
—la catedral



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Raymundo Édgar Martínez Carbajal
Secretario de Educación

Consejo Editorial: Ernesto Javier Nemer Álvarez, Raymundo Édgar Martínez Carbajal,
Raúl Murrieta Cummings, Édgar Alfonso Hernández Muñoz,
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez

Secretario Técnico: Agustín Gasca Pliego

En un laúd —la catedral

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente no. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

ISBN: 978-607-495-178-3

© Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal. 2012
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración
Pública Estatal CE: 205/01/25/12

© Silvia Eugenia Castellero Manzano

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

*Para José Ignacio,
José Eduardo
y Ximena:
mis tres catedrales*

*A José María
—para siempre*

*A mis padres,
por su impulso. Y su
compañía permanente*

Pórtico

El ángel

No quiere ver el cielo

resbala por el cordel
hacia una penumbra color sepia
en el vano de columnas.

No quiere el cielo, en sus manos
el temblor:

rúbricas de la tierra.

Y sus dedos alargan el tacto
sobre la desnudez de la bóveda.

Las alas abiertas;

mas su cuerpo se inclina

ávido de cierzos y cabras,

se va con nuestro paso:

ese ángel.

A una virgen

Aperlada sobre madera al centro
del altar, la virgen se mofa de la historia,
entre uvas y velos sonrío
voluptuosa, la ninfa, núbil
graciosa, lleva en sus manos
los rastros de amor, en su reojo
desprecia las normas, abandona
de los ángeles su candorosa
desnudez. Prefiere ocultarse tras
de árboles, prefigurar un río
y huir, en caudalosa fuga
de bosques y destellos. En el altar
la única estrella es el rastro de su paso,
una sonrisa abanicándose
balancea su encanto.

Santo Santiago

Desde la altura

el santo de mirar
translúcido abastece de luz
al templo. Monolito vertido en
incienso hacia los puntos cardinales,
captura los rayos del sol. Sus ojos
trafican brillos de cuarzo y ágata
con siete árboles rojos
dentro y en su tronco
un tinte de piel salpicado
de opacidad. Mirada de color
sanguíneo, con círculos casi artificiales.
Por la espalda se llega al santo,
sus ojos en la perfección
se vuelven pura bóveda.

La noche

En la columna Dionisos

profiere como Tritón el nuevo
desorden, con matemático tino
organiza una noche minuciosa
pero la inunda de bruma, oblicua
sin orden avanza su ley: ya junta
y favorece, ya desalma a las musas.
Sus árboles desbordan
racimos sobre multitudes; llegan
de oriente y del sur. La piedra
lleva la firma del dios en forma
de uvas y rosas furtivas.
Abrupta la roca
se yergue tempestuosa.

Diablos

Esos polvos

de universo quedan entre
los hombros y los gestos:
en la cautela de la piedra.
De tanto subsistir labrados
son versiones sigilosas,
vidas falsamente urdidas,
en remolino incendian los ojos
de los bajorrelieves y
adjetivan quebrando
la expresión de las estatuas.
Esos diablos disueltos
en el polvo de los siglos.

Diablos terrenos

Los diablos terrenos

gustan de andar a solas
—en el intervalo—
como las hendidias con su pico
para separar el final
de los principios. Era
un diablo niño, en el puro
acontecer y sabía arrullar
a la muerte: quedarse detenido
con su boca redonda,
comiendo pan, aún roja
la lengua, con su corazón
ya gris, ya piedra.

Diablos ígneos

Los diablos ígneos

parecen astros ilegítimos:
unos degüellan a figuras sonrientes,
otros ríen de la pesadumbre universal.
Para huir de la piedra
se apropian del rojo,
toman como suyas las inflexiones
más absurdas de los rostros,
hasta llegar a la orilla donde
los espera algún gesto inmortal
que los devuelve al mundo.

Diablos incoloros

Gérmenes de oscuridad atisban

un vuelco de luz,
son los diablos incoloros
líneas divisorias
entre el abismo y lo continuo.
En la aurora no quieren el
confín, infectan de un sin comienzo
los albores. Prófugos, sin cuerpo,
adormecen lo ardiente
y anuncian temblando
en leves líneas
un reino en fuga.

Diablos aéreos

Los diablos aéreos son indiscretos,
por ellos *Dios hizo que el mundo
amaneciera cuerdo un día.*

Se les veía balanceando sonrisas
ávidas, ojos ilusionados,
bocas abiertas, posturas plácidas:
esculpían la vida oculta de los hombres.

Crecieron esculturas en las bóvedas,
la creencia en la vida
aumentaba, los adoradores
de los diablos peregrinaron hacia
el sótano del mundo. Y Dios
puso orden en el cosmos.

Silueta

El gallo de marrón

y yeso, evade su contorno
vacilante de plumas. Sobre ramas
sin tallo las patas esperan,
detienen una posible escena:
ya pierden nitidez, ya son
líneas tajantes; luego
del trazo impreciso nace
la contienda entre su silueta y el muro.

Una ventana

En el perfil del acanto

y en escuadra con la noche,
una ventana incompleta
baldía entre la piedra,
grazna, parafrasea ausencias,
podría su vacío
acogernos, pero su forma aún
rememora,
su estar no termina,
desdibujada va, así se balancea.

Reflejos

Oculto

esa línea conjuga
la liturgia de la piedra,
su ondulación de agua viene
cargando los ripios del camino,
una espiral y luego otra
lanzadas al vacío como un puente.
Leve y metálico el trazo,
rumia bestial un adelanto
de luz.

Espejismo

Seguimos el río,
un camino
de formación incierta
mostró la doble faz de su orilla:
la luz ambigua
iluminaba
ramajes y piedras,
era la secuencia del agua
seca para después;
agua corriente pero escasa
a punto de perderse
adentro de la tierra;
devorada en la sed.
La senda no era cauce:
era la silueta
en el deseo de una tarde.

Oratorio

Son rasguños, allí entre la roca
en lo alto de la montaña;
súplicas adosadas a la piedra
balbucean. Es tu rostro
vuelto un paralelo de voces,
tus ojos retardados en el ahínco
de un monolito salpicado de signos.
Todavía te haces ver:
pliegue tras pliegue hundes en alguien
tu flama con su reverso.

Arco

Abrupto y como sin nadie, ese arco
se posterga detrás de las plegarias. Ermita
que aguarda a los errantes. En ese despoblado
del cruce de caminos el arco reta firme
a la lluvia que cae y la desmorona en partículas doradas,
se vuelve así un friso suspendido más allá del río,
oxidado en sus propios reflejos como una espada.

Vitrales

Bosquejo

Los pliegues apenas se hunden en aceite
y el plomo blanquecino del cuerpo
de virgen amanece;
dentro de una gama de lienzos
—en el azul diurno de la seda—
el índigo se vuelve cauteloso
y relata el caso excepcional
del rojo soleado que cruzara la tela.
Intenso, de cochinilla y laca,
es azul sangrado y proviene de la alquimia:
la virgen es un bosquejo,
ficción del sulfato y la potasa.
Hecha de impurezas,
con su falda sedosa de cianuro es inocua,
guarda su fórmula cosmética
en secreto como una historia sagrada.

Milagro perdurable

En el manto escarpado un río,
los roces de seda son veladura de laca roja,
allí se van deteniendo las sombras:
un gesto y los párpados. Esa mujer
de cobalto escondido en los blancos
es intermedia; mediana entre los negros resueltos
y los rojos del fracaso. Ella no mira, sólo se mece
con prudencia por encima de las rocas. Busca
en su cuerpo un prado cardenillo. Pero su manto
es pedregoso, áspero como terracota.
En su aspiración busca lo ultramarino: quiere
bañarse en río de incienso con especias.
Exótica reina de suntuosos matices: sueña.

Virgen negra

En la piedra el rostro púrpura
virginal brota;
es un lirio espinoso, imperfecto.
Y se desploma en raíces amarillas,
lidia con sombras: lo negro impide
su ascenso celestial —soberbio.
Un rejalgar de extraño naranja
y pigmentos cobrizos
se vuelve múltiple en su deseo:
ráfagas de bronce y gestos de oro.
Ese rostro huérfano y seco
—bruñido en arsénico y mercurio—
vive atado:
fósil de una virgen sellada y contenida.

Bóveda

No comprendo esa cara,
cristal, pura luz
¿es mirada deshilada?
Frontera que toca
la bruma de mirarnos
¿lleva un rumbo?
Es un escalofrío trepando mi cuerpo
furtivo, insólito,
contorno afilado con fechas.
Estrangula —me coloniza—
se extingue en mí.
Es perfección aislada:
temblor de vocales,
anuncio del aire
—muralla.
Anchura del tiempo.
No comprendo esa cara,
acrobacia en los ojos
para subir a la bóveda.
Y los reflejos tartamudean.
Un rostro incomprensible
arde contra el cielo.

Arcángel San Miguel

Y la noche: cúpula hecha vasija.

Más allá de columnas y estatuas,
más allá de la piedra y sus ojos cegados,
el oro nacido del dragón agonizante destila
fulgor como descarga eléctrica.
Un cielo de colmillos y hendiduras,
devuelve un iris a la noche
y la cúpula se abre.

Qué fue la cúpula sino resplandor,
las garras del monstruo
desterrando al santo que lo mata,
le hunde un báculo en las fauces
sin saber que de ellas ha extraído la lumbre solar.
No la luz retraída sino la flama.

Cirios

Cenizas,

confusión de aire y agua,
reflejos color plata,
negro horizontal.
Y regresar una y otra vez
filoso, insistente su misterio:
bruma celeste
y humedad sagrada. La línea
de las formas leves, incorrectas,
absurdas, se desdibuja en azul puro,
en la obsesión de ser sólo un matiz,
y enredar la memoria en sus propios residuos
resistentes como cuarzo aunque fugaces,
cristales cociéndose.
Y el vapor en el brinco de la luz
oxida, pulveriza, corroe.

El monje

Líneas avvicindadas —como lluvia—
próximas a los bordes del manto
arriman una luz de ríos,
titilantes las gotas debieron ser
polvo de oro atrapado en su brillo.
Líneas avvicindadas, lamento entonado
en un rincón de iglesia,
rodean el manto —goterones—
oro goteando, pálido,
de intemperie;
la misma melopea como lluvia pasada,
napa extendida brotando
desde el amarillo. Y el monje
de boca cerrada queda envuelto
en líneas de pentagrama,
¿entona su muerte?
Granos de espiga,
el brocal del pozo ensimismado
en la roldana, sube y baja,
instantes partidos en oro múltiple,
amarillo rampante ronda en círculos
hasta alcanzar el borde del cielo raso
—los labios tal vez del monje—
esquinas múltiples forman

la estrella del umbral.
Empieza el camino
en el oro mordentado,
sobre el vaho irregular de la luz
donde el marrón domina
y el oro forma entre sombras
su reino de opacidad y piedra:
empieza el resplandor trémulo,
túnica del santo
donde se fraguan el gualda y azafrán.
La luz florece —ultraterrena—.

Sombras

Granos de resina,

luego el cobre en sales
forman los bordes del cuadro;
cardenillo primero, festivo,
marrón después —desaparecido el verdor.
Abandona el primer plano y va detrás
donde la naturaleza
cambia, duda, se ennegrece.
Encara al tiempo y se envenena,
bebe del plomo las fuerzas para ser pliegue
y repliegue, dobladura, hito.
La luz quiere ser relieve,
volverse forma de verdad;
mostrar la espalda de las cosas,
las manchas de la vida.
Aliada al tiempo la luz es pasajera,
traiciona su brillo, resbala en su apariencia
y se deslava. Sombría y nublada,
áspera la iluminación
se desmadeja a sí misma.

Altar mayor

La agonía del amarillo otea

en los racimos del altar,
desvanecido como fruto agrio;
pero la luz insiste en ser correcta
y alumbra ya incandescentes
—ficticios— azules de Vía Láctea,
ya el castaño violeta de arenas
de remotas dunas.
Como el vino en la boca,
en lengua de los fieles
se corrompe vivaz, Dios en su contraste
—carmín y cobalto—
se quiebra incoloro.

Rezos

Los rezos saturan el aire:
como sanguijuelas invaden
y socavan la imagen frágil del santo.
En el rincón permanece
con su cuerpo fatigado
y demasiado silencio en su cara:
durante años lo cubrió la oscuridad
y sin más —puertas adentro— terminó
de envejecer entre el sonsonete de los rezos.
Ya no hay músculos que lo atormenten
ni una respiración inquietante.
El santo se desvió del tiempo.
Su corazón ancho se volvió indiferente
desde la ribera incolora.

Túnica

En la túnica del monje

hay residuos de queratina,
especie de córnea que mira,
venida del bermellón.

Esa túnica viscosa, de viva movilidad,
posee líneas fibrosas, abruptas, queiloideas.

Hay un vigía en la tela,
su estar casi metálico rechina
con tanta luz de cristal.

Bajo la túnica del monje
un enjambre de siluetas.

Rojo cutáneo,
escruta elástico las arrugas corrosivas
de una piel enmascarada.

Máscara

Homenaje a Kôbô Abe

Prodiga una dicha falsa y bordea
sus labios con pigmentos.
La línea divisoria en la piel
es una máscara;
después el vacío se percibe dentro.
Tubos conectados
centímetro a centímetro,
rígidos desde el mentón hasta el cabello.
Los ojos en dirección errónea,
en ángulo agudo con el espacio.
Una cara sin rayos solares
donde brotan espinas y se inflaman
para volverse erizos rencorosos.
El bosque sin cierzos desprovisto de un claro
esparce su neblina bochornosa
—venda blanquecina—
olvidada de tocarse las sienes:
la sensación es algo más que el sólo vacío
porque no hay franjas de luz ni poros;
no hay glándulas ni venas,
las sombras son engendros violeta:
piel sin arrugas carente de sudor.

Bajo la luz

En Tiro, ciudad fenicia, una oscura princesa

apacigua la furia de los dioses.

En el éxodo del blanco al amarillo,

del verde pubertad al azul erotizado,

descubre dentro de sí una gota

de tonos púrpura, tintura o brillantina,

gota que cae a plomo al corazón:

ofrece el índigo imperial venido de la tierra

y enciende el devaneo de los dioses

cuando bajo la luz brillante

se refleja y en la vibración del ojo divino

desaparece misteriosa.

El cuervo

Tengo atado al pie

un cuervo-plomo,

con su peso y su nostalgia.

Me mira con rostro ajeno,

en tonos mercuriales hace que mira.

Huele —se acerca— a un azufre decantado,

vuelto a reposar, prismático;

asume sus colores falsos.

Negro, una piedra ese cuervo,

sin saltos me sigue atado al tobillo.

Lleva lustros, la noche completa,

la noche y los pilares del templo.

Ese cuervo surge, brilla,

repite series rosas;

nace y se extingue siempre a mis pies

como arena vibrante.

Tumor y hendidura,

el cuervo reverbera

—oro o luz—.

El último ciervo blanco

Por la mirilla pasa un ciervo blanco

atrapado en su galope.

Son cuatro esquinas

y un sol.

Porque el ciervo lleva el alba,

su cornamenta crece hacia

el blanco ilimitado.

La mirilla tal vez miente:

un grifo torrencial de reflejos

multiplica la blancura

casi estrella.

Algo asciende intempestivo:

cuernos volantes

en busca de un cuerpo.

No hay cuerpo, ni alba, ni estrellas.

Un cuarto vacío: sólo baldosas

con ciervos al centro tallados en piedra.

Iglesia

Textura áspera:

infieles y creyentes nos mezclamos.

Pura luz.

Y la imprecisión de contornos

cae en las capas íntimas,

para unir espacios con superficies.

También el resplandor agonizante

nos mantiene ahí.

Gradaciones y veladuras

se atan a la imagen piadosa,

pero la construcción reconcilia

puntos anaranjados con la hierba verde

y desaparece el blanco del semblante

de los santos: un secuestro de lo puro

mezcla sensaciones con pigmentos.

Los colores se forman.

Olivo

El olivo negro media

entre verdes intensos y
los tonos apagados de la tierra.
Media entre los huecos
y las hojas temblorosas. Pareciera
un ocre necio sin ceder
a lo fugaz del amarillo. El olivo negro
es intermedio, la pausa
del marrón al escarlata; sin ramas
austeras que modulan calidez
el olivo sería un dique para la luz.
De pura tierra opaco,
un yute olvidado a mitad de la llanura.
Arbitrario, rojo y verde, es ácido,
turbulento llega a ser rojo sangre,
grita y en lo salvaje se vuelve sagrado.

Gobelino

A punto de hundirse en la noche

el azul abandona su matiz de penumbra,
entra en una ceguera de diafragma
(la melancolía como forma de vida)
sin intensidad: sólo un estar intermedio
entre luz y vacío.

La confusión de un umbral pedregoso,
suspendido entre el dorado y bermellón,
entre lo puro y lo terrible;
macerado en contraste
con el hierro. Enrejado, detrito
de polvo divino, el azul sedimenta
en sus pigmentos partes del cielo,
las gotas de ultramar y una pizca de río.
Arcilla, linaza, lejía,
azules secos que serán cantera o cuero.
O un tapiz lacerante.

Lago subterráneo

El agua inflama la piedra,
un arco interior de luz
forma ondas entre pilares.
El basamento circular
describe la estadía de relieves a medias:
ninfas imprecisas, ¿sirenas?
la medusa convertida
en oro y magnesia;
una hembra que no es virgen
en rojo sin corona,
bañándose como luna
en el hueco del roble.
El pozo que es abadía
—lago subterráneo—
resuelve sus reflejos
en un haz certero de luz
y se alza en ojivas.

Nave principal

El hueco

Es el florero testigo

de sus sílabas de hierro.

Sin labios. Sin titubear.

Sin ciudad sobre el río

muere Margarita.

Es el agua sin gotas,

el agua silenciosa de Margarita presa

masculando. Y el hilarante hueco

socava inhóspito uno y otro. Cualquier ángulo.

Dos y tres: una cavidad. Sin oír.

Sin temblar. En sus labios viento cerrado.

Terquedad de la prisión

en poseerla.

En la ciudad del río

Margarita vive anonadada,

posea del silencio. Se habita.

Allí arden

Túnicas negras. Mantos rojos encendidos. Faldas, sandalias. Telas. Allí arden. En su espalda. Es la hija de Sión, intrépida. Fugitiva del amor y su abandono. Vino a arder en esta lumbre de culpa. Viene de regreso del muelle. Fue columna y fue cetro. Fue un campo de gacelas. Torres púrpura. Cintas escarlata. Centinela. Vino a arder. Cúmulo de voces la atraviesan. Pero calla. Sólo retazos de rumores atildan —requeiebran. La dama cae entre montones de tela. ¿Una cortesana? Llena la boca de tierra.

La dama oblicua

Genoveva, Margarita,

la dama oblicua.

Desde el fondo nodal, busca, gesta

la locura de la fe, sin gramáticas.

Oblicua quema su sangre en la hoguera,

sus cabellos erizan más el fuego. En penumbra

parecen extinguirse los rojos. Los dorados

de su ornato se posesionan del cuerpo

hecho hebra, listones fosforescentes, partes

que caen tiasas al suelo y se vuelven medallones,

bronces, escudos defendiéndola

del bullicio del fuego que la consume

y de los decires del gentío frente a ella.

Oblicua resiste el fracaso. Ríe, se calcina su hallazgo

de Dios. No hay Dios, no acude, ni la eleva.

Sus destellos en cambio

perduran sobre la noche.

Deslumbrada

Frente a la luz —incandescente— reflectores, cámaras. El desfile, la moda, los hilvanes del vestido. Fénix levantas, trapiés entre los velos, harapos de antigüedad en la piel. Descreída o turbia, cabalgas tus pasos, pasarela, borde, quieres lo basto sin lo sutil. Ese incólume andar aquieta la herida del vientre en llamas, el infierno atormentándote hasta el juicio. Montaña, llanura, un valle completo para guardar el olvido como gajo cayendo del fuego. Gajos de lumbre, de luz en pequeñas luciérnagas abatidas, hacia la nada juntas en incienso. Confundes una milésima parte con el todo, anadada vas, deslumbrada por bisutería y telas fosforescentes. Sin alma. No gritas, no suplicas: modelas belleza pero caes. No mendigas. Aguardas la riqueza. Todas las criaturas presentes y futuras que has sido pasan por el espectro de tu figura en llamas. De perfil y de frente eres mil personas, un cuerpo y un corazón: con fuerza defiendes la levedad de tu color y tu forma: cada vez mayor, crecida, total. Por eso te maldigo. Y sigues por la alfombra roja.

Lejoscerca

Ya no de amor ni de odio.

Un derramamiento del color en los ojos
de quienes caminan cerca.

Sin escucharse. Un derramamiento de vocales
cuando la gente ríe.

Entre gritos como de pájaros huyentes,
desconcertados, se ve un relámpago a medio
boulevard, un patio con lazos atravesando.

Sin ropa tendida. Ese *lejoscerca* es una abertura
en medio de la acera. Y pasé apresurada y tropecé.

Y ni Dios permaneció conmigo. Se abrió el cielo
pero de inmediato cerró su movimiento nítido.

Su porosa superficie de paz, o descanso:

lejoscerca. El alma vio un movimiento largo
que desapareció en el mismo instante de haber sido.

A media calle.

Mientras

Mientras alistas en filigrana la boca y los dientes tiemblan sin ser vistos, mientras te conviertes en nadie (*la voluntad que producía el deseo está muerta*). Mientras te pintas la boca detrás del muro y avanzas ligera como cuando ibas a mitad de la noche a la piscina y cruzabas el reflejo de las estrellas. Mientras buscas un argumento en tu cabeza y entreabres los labios, esa nada crece y el todo inunda tu sensación (*la voluntad que producía el deseo está muerta*). Mientras el rocío del alba te salpica la mirada tus pasos recorren aquella avenida donde para el tren y suben a tu pecho los ires y venires de la memoria. Desde ahí vienes, con la taza de café tocando todavía las comisuras y el olor en los dedos. Cruzas el umbral, te desvistes, te miras sin espejos, sientes la plegaria de los otros (*la voluntad que producía el deseo está muerta*). Lo sabes todo, lo tienes todo, lo quieres todo. Y terminan tus cenizas en nada.

Cauce

Se apagaron las luces. Apareció con orillas —crudo— un eco. Sonido peregrino, un felino —dirías. Cauce abierto para ofrecerte el mar. No tengo razones —dice. Lo oigo sin palabras como por el cauce abierto. Eco y fluido —corriente— es la voz desentendida que pasa. Sin sed. Sin conocer. Une verdad y rudeza. Urde su pizca de asombro con los bordes del agua. Por el cauce, vuelta hacia la nada del día, desaparece.

Alas

Aguijones en la tarde. Brusco
cambio del sol en el semblante.
Sobre los verdes la piel,
se desprende una costra del sol.
Cambia su torso.
Sólo piel y un sueño. Así nace
la obertura que apresurada
abre como relámpago:
es el deseo. Una mancha.
Medroso el instante cierra.
Sólo alas:
sobre los ojos tres pares. Pájaros
del aire y bestias que mudan la piel.
Acechan, devoran.
Alas cerradas bajo el rostro de la dama
—se abren.

El alto cedro

El alto cedro se desprende en ramas heridas, ramas desvaneciendo entre savia, ramas ardientes, madera astillada y hueca, vacía su médula por el fuego. Incisivo. El alto cedro posee entre sus ramas un águila, o tal vez un nido de águila; el recuerdo del águila y su nido, el vuelo más alto del águila. No el águila. Posee en la claridad de su brillo, de su incendio —en su propio corazón que arde en cientos de lascas— los rayos del sol, el resplandor del sol, las tribulaciones del recuerdo. El águila madura —en vuelo— alegre en su disolución. Entre el querer y el deseo arde ella, arde en el alto cedro, arde embelesada. En el alto cedro, en el abismo —entre recuerdos— como vuelo de águila. Como en un nido. Arde.

Lejanía

Crónicas, actas.

Actas, plumas —el silencio.
Plumajes, aves, tonos y reverberación.
Regresa la dama. Es el fuego.
Y crece algo:
quema, corroe, anula.
Superficie límpida
—lontananza—
el alma se hace refleja:
engendra. La divinidad
ciertamente
es distancia innumerable.
El Dios que nunca llegó.
Un recorrido y de ahí
otra vez la lejanía.
Pero los ojos pueden atreverse
a no estar.

Cantos

Vísperas

Campanadas, heridas, luces —su vientre muerto. Hombres, ruegos, amenazas, culpas, gozos —desnudo su cuerpo. Se deshace la luz. Entre las aristas de una lengua ajena, *inclinativ, inclinativ ex hoc in hoc* —hila sus recuerdos. Parte en forma de carnero, ciervo, arpía, águila. Corriendo. Flechados —la carne—. El hombre inclina el corazón. *Ut germen aptum próferens. Ut germen* —brotes, gérmenes, frutos invocados, granos y racimos, lava exaltada. *De um proterva* —ni la roca ni el carnero pueden absolver su dolor. Cicatrices le vuelven, gobiernan, regresan. Sin luchar, vacío del decir, cae. El hombre se desploma en lienzos de carne. Y las horas como liturgia sellan su desparramo. Lo mató el tiempo descubierto: la intemperie. Vísperas de madera. Cera. Flama y soplo —una idea del fuego. La víspera es llanura —una casa. La víspera es la casa: sólo voz, soplo. Lluvia nítida cayendo —cuerpo inerte. Estéril. Puro dolor.

Péndulo

Traigan un péndulo

que raye las tinieblas.

Entigrezcan la tarde

para que salgan

sus tonos acrobáticos.

Traigan una lanza

que apuñale la flor.

Vino la tiniebla

con un mensaje de agua.

Aparición del demonio.

Los ojos que ahí van

son de alguien absurdo

que insiste en volver.

Las muertes las vi

Las muertes las vi encima de las bancas
cuando llegó ese hombre triste a la iglesia.
En su cigarrillo se prendieron
arpías fugaces: brotaron de la luz.
Tal vez eran estrellas imprecisas
pintadas en la bóveda. Y bajaron con él.
Vi al sol en hebras,
esa tarde junto al hombre
en el crucero del templo,
fronterizo del ocaso cuando la luz tiembla.
Desnudo trajo sombras y ventisca. El vendaval
llegó muy tarde. Cuando él había muerto.

Arcos

La eternidad gira

en una piedra negra;
yace enterrada,
captura el cuchicheo de la luz
a punto de volverse noche.
Llama y ojiva
aparecen: una flor pedregosa
de seis pétalos, luego se complica
en fugaces flores intermedias
y le nacen dos pétalos más.
Así camina eterna en la piedra
esa nada crecida y presente,
atardece al otro día
con arcos innumerables donde
ayer había ocho círculos cerrados.
Y los arcos bordean un centro
de hojas largas para quedar
sitiadas por luces verticales,
en un deshilado a punto de volverse estrella.

El último nivel de la luz

¿Habrá algo más allá del último nivel de la luz?

El peligro es la fiera que habita el ocaso,
la perfección deslumbrada.

Tanto clarear reaviva al monstruo:
ese dolor absurdo

cojeando como ciervo herido,
la jauría justo en la explosión del centelleo;
un capitel en medio de la noche
o un arco sin columnas. Así

aparece la fiera
en el polo opuesto de la sombra.

Es el miedo, inmóvil
como instante, como rayo perdido.

La claridad maltrecha,
vapuleada por el sol
—indiferente al tiempo que transcurre.

Canto de cigala los instantes:
cara a cara creen mirar la fluorescencia.

Exceso de sol y la bestia viene.

Quiero tentar sus cuerpos, su carne,
andar por la penumbra

con los sentidos abiertos al sereno:
y conocer la luz del mediodía
donde inviolable vive, supraluminosa.

Paraíso

Se abre y cierra

ese ruido;
voces, vocales, un corazón jubiloso.
Un canto.
Se abre y cierra
la bisagra, como si vocalizara
el paraíso.
El júbilo del canto
intraducible, dilata la voz,
extiende en secreto
el exceso de luz en las sílabas.

Yo soy la virgen negra

Yo soy la virgen

mírame qué opaca,
tengo en la mano el trigo,
las mieses como balanza.
Yo soy la virgen negra,
oscura por mi caos,
violenta y tibia;
no tuve en mis manos
el horóscopo, nunca supe ver el cielo,
tampoco me dieron la balanza
que otras mujeres toman
y la introducen al seno
para ser luminosas.

Yo soy la virgen imperfecta,
me preñaron los campos
de ardor inconsciente,
me rondaron los vencejos
y quedé a medio terreno
tres veces preñada,
ajena a la tierra.

Quise ir tras los ángeles,
buscar un lugar en los cielos,
quise luces, quise ráfagas.
Soy la virgen negra.

Laúd

...en un jardín en una catedral de piedra
 (no construida, no,
 tocada en un laúd)...

WISLAWA SZYMBORSKA

Tocada en un laúd

—de piedra la catedral.

En un jardín el laúd vocaliza
 la expansión de un salmo
 —catedral.

Toca el laúd donde hay un jardín,
 no hay piedra —ni construcción—
 es la cuerda: vibra en el vitral
 el quiebre con la plegaria.

Notas de flauta bocetan ojivas,
 plañidera del canto.

De piedra las quimeras
 —gorgonas, muchachas—
 versiones encontradas: veneno y misericordia:
 gárgolas de la catedral.

Nos escupen. Si solea sobre la piedra
 son indiferentes.

En el jardín —sobre el ocaso. En ángulo agudo. Un laúd.

Coro

Solar

El sol ascendió y ahora descendía.

Instante donde culmina
la cuesta solar.

Allí habita —entre plegarias—
una tortuga-laúd.

Quiere fugarse a alta mar
pero ama la piedra.

Anda sin caparazón:
en su lomo lleva una lira.

Agita las tinieblas,
no deja que el sol salga, y llora.

Cara a cara con la sombra
asfixia a las criaturas:

las vuelve presas de la acedia.

La luz inaccesible
priva al cosmos de cielo.

El aquelarre

La gota cae del pozo al océano,
un vuelo de gansos:
entre mis dedos el confín,
gota tras gota.
Es la confusión —porque lo amaba.
Sube la marea, llegan los diablos,
forman un aquelarre en mis manos.
El sudor las agrieta. Llueve: doce gotas
caen sobre el cántaro. Es el tiempo.
Mi mano entumecida se llena
de hormigas: agujas. Vienen los gansos
de nuevo —mil entre mis sueños—.
¿Volverá? Gotas y penumbra, siluetas
y el espejo: allí permanece un buitre. Acecha.
En la acequia las gotas ya no irrigan paz.
Buitre y océano son agujijón: victimarios.
Me quedo esperando a la intemperie.
Sin corazón. Regreso, lo busco.
Soy Lot. Prefiero la piedra.

La casa

La casa arde por cuatro costados,
es mediodía. Un presagio trae
el grito del fuego, la claridad
se vuelca.
El mediodía arrebata la calma
de las horas intermedias.
Por ese ojo de la aguja
del tiempo: cúspide: llega la noticia
de la inutilidad de la vida.
Un espejo baja y trasluce
el sosiego de la casa, allí mismo
donde apenas encuentra
cobijo. Es la visión completa
de algo incomprensible. Insectos
traslúcidos:
¿Son las horas?
Incisivos nos trituran para arder
en el fuego total de la casa.

Las doce

Las doce menos cuarto.

El alféizar se llena de pedradas,
una dama cubierta de plumas
pervierte la escena.

Las doce menos diez.
Es mujer alada en busca
de quien vea su falsedad,
baila en medio de la mesa,
quiere ser siniestra.

Las doce menos cinco.
Entre mujer y pájaro
se vuelca hacia el aire y la tierra,
en el fondo de sí.

Aparece —a las doce—
un ángel también falso,
rojo y violento,
cree tener en sus manos una virgen.

El exceso de luz hace arder la escena
a tal grado que se acaba la distancia:
el paisaje es tenebroso:
caen hilachos de alas.

Allí queda la mujer,
de cara al muro, entre rejas.
En soledad.
Encerrada y falsamente loca.

Las doce en punto.

La dama

Entumida y con el cuerpo tieso

la dama cataléptica ordena
cosas del mundo. Hasta el fondo
de su choza, con los nervios
saltándole por fuera —histórica la dama—
quiere un hijo con su útero abierto.
Mientras, las partículas
o el sinsentido de los árboles,
la catapulta escondida,
o algo del cosmos que baja
la vuelve bruja: adivina la suerte,
pronostica los derrumbes, vaticina
las cosechas, y hasta los disturbios de la guerra.
La dama cataléptica, así de quieta, tullida, mueve
esferas celestiales. No es santa, tiene
—sólo— el útero por fuera.

La trampa

Qué apariencia —la de los ángeles— desdican del pan su olor, sin gustar. No sienten. No ven la blancura. Qué apariencia —la de los ángeles— pisan el estiércol, en sequía quieren pasar inadvertidos. Sin luz transparente. Y se pudren las ramas, apagan las velas. Se arrinconan sutiles —orando. Qué apariencia —la de los ángeles— sin gritar son salvajes, hieren el iris de los núbiles intentos; intoxican, recrudescen, encañonan con su violenta espera, abusan de su estar a medias.

—Oye —Cristo sangra.

No lo ven.

Nos someten a la trampa.

Gatuno

Hilando una intriga va el gato,
tizas y trastos. Va el gato
oblicuo sobre la tarde,
escondido en su enigma.
Bifurca el aire y torpe relata
—arco en fuga— los placeres
de poseer garras, de agriar huellas,
socavar almas y tirar de jalón un árbol
y tras él un cielo verdinegro.
Apelmaza la furia
para llegar de noche
—azahares y tréboles— como si fuera
cualquier perro.

Fábula

Que no.

Que tampoco.

Que para qué.

Que sí.

Que yo te acompaño.

Que cuándo.

Así discurrían el gallo y el topo,
uno en el ábside esculpido
mirando a los feligreses exitosos,
aburridos, desconfiados,
fugarse de cualquier modo al sinsentido.
Y agitaba sus alas.

El otro en las catacumbas extasiado
recogía ruegos, comía penurias
y sobre su cabeza una mancha fúnebre:
cuerpos hincados y la memoria ciega.

El ahorcado

Ahorcado va, deslumbrado

por esa versión de luz horizontal
que tasajea, aguza y pervierte.
Ahorcado como en leyenda
asusta a quien lo mira,
turbulento su frenesí; su angustia
aunque muda traspasa la piel.
Ahorcado sin rienda, sin cuerda,
sin trucos. Anda solo y es agudo.
Es un harapiento que bebió luz
de otra manera que tú y yo, una luz
filosa, llena de seres oblicuos,
puntillosos, ridículos aunque feroces
y verdaderos. Habla con las cabras,
duerme con los murciélagos,
colgado del árbol, ahorcado.

La corcova

La corcova crece los domingos,
necedad o néctar; crece
la ternura vuelta de revés, trémula,
sin voces, o tal vez muchas voces
tartamudas todas, indiscretas, como
aguijoneando mi propia idea de la vida.
La corcova se vuelve una gran montaña
desde la que aparece el paisaje,
la desnudez esquelética de las cosas.
La corcova es el puro
relleno, la ruleta sin jugador. Sillas,
y la suerte rondando también sola.
Da vueltas y nadie; es la joroba de los
mandamientos: repetir y a fuerza de
enumerar sigue la nada.
Perfecta.

Cripta

Luna

Como una planta que despierta de noche en plena luna llena,
la niña se ahogó de luz.

Instantánea

Desde el vitral que forma el sol al ponerse
me miro. El trote de un caballo arremolina
los recuerdos entre hojas secas. Mi espacio,
instantáneas aldeas de mi cuerpo:
una almohada, la orilla de la cama, un chal
y mi tiempo me separan del afuera. Si el derredor
es de piedra estoy viva, si soy piedra he muerto
y reblandezco.

Tumbas

El Père Lachaise existe, su trigo y los castaños
garabatean en el cielo, giran insurrectos, miran al oriente.
Asomarse y entrar en su secreto oblicuo, en la luz
enrejada. Boquiabierto el viento bulle;
un neón anuncia la moda. Sobre la calle
pasa el atardecer sin mirar la montaña de tumbas,
el neón brilla más, el cementerio fulgura.
Desde el café veo aparecer la noche
y morir a los ángeles de piedra.

Contraventana

En el extremo del muro los muertos
forman criaderos; en los cuerpos viejos
los cuervos se comprimen
y los buitres presienten la belleza.
Ahí van quedando los ruidos
de contraventanas, nombres arrancados
y los altibajos de su voz.

Piedra

La mujer en tallos devuelta,
en sombras y retazos de palabras,
es un compuesto mutilado de cosas vistas:
la hiedra repetida sin contorno.
Desea dejar la tierra, darle a las cosas
un reflejo para moverse, una mano suave
con qué remover lo inútil. Posar en el espacio.
La detiene la piedra.

Gota

Al socaire, por no quedar
deshilado como pájaro,
con mis manos formé lianas,
disfracé mi cara de estatua,
me senté bajo los árboles
a implorar.
Ocurrió la nada.
El embate del muro
reproduciendo más muros,
aglomeración de esferas
cada vez más pequeñas
hasta reducirme a una gota.

Sueño

Me mandaron a recoger lunas,
se fueron todos.
Los hermanos mayores buscan
otros caminos, me dejaron con la casa
entre muebles oscuros.
Me han dicho que recoja lunas
en la ventana mientras llegan.
Pero el tiempo se anilla furiosamente,
me golpea contra la noche,
hace rechinar puertas,
deja pasar sombras, incrustadas
sobre mi vestido blanco.

Raíces

Se enfrían los muros, laderas de cartón.

El nido de sanguijuelas crece
con su hambre desaforado. Desean tocar
lo viviente de alguna vena, la vida última,
internarse en lo interior socavándolo;
hurgan como gatos y arañan
hasta la rigidez de las uñas. Pueden ser sátiros
de oscuridad fingida y fingida luz.
La madera se moja, hay huecos en el patio
y un sinfín de raíces. Desde que morí soy fértil.

Árbol

Un niño me pregunta cómo abandonar el primer árbol que vio: un ancla en su mirada, un derredor de altura imposible. El niño árbol remienda las hojas, ata al suelo todos los muertos, entra en su caparazón y espera.

Torso

Una mancha que es un torso negro
vuelve a mí, me buscan
los chasquidos del caballo;
hay manos exhumando la tierra
para encontrar mi rastro.
Ahora me forman siete espinas
y un tallo. Escapo de la angustia,
me fugo en la savia:
foso ingrátido que impide
orillarme.

Meridiano

Y después no regresas, te toca lidiar con arena,
te recogen martillos sagaces, el tiempo te busca
como reo y encarcelado galopa sobre ti;
rumia. El tiempo se desfasa
del meridiano para que no vuelvas.
Y pierdes tu óvalo, la sonrisa, pierdes
el detalle de tu frente y tu propio escondite.

Ángel de la guarda

Era de sal la luz;

luna menguante tus labios entreabiertos,
pasaste sobre mi historia toda
con la muda sensación de un beso sugerido.
En la marejada el pulso de tu cuerpo
tocó mis bordes,
pero qué fina la textura de tu boca:
fue aliento y tacto,
apenas roce y posesión.

María Magdalena

Una terraza abierta a la noche

fue mi boca recorrida en acordes
por los tonos bronce de tus labios

fueron pasos incrédulos primero

después encontramos esa alcoba
del aliento repetido
y el olor a manzanos rebasó
los límites del atrevimiento.

El reino del otoño

En la verja las hojas se deshacen
las nubes
son acero luminoso.

Es el turno de los viejos.

El árbol se enreda en la verja
como una arruga en el pómulo.

Hacia otra parte

Me cercó el vientre

creciente luna
la ilusión de un rostro
con pupilas de arena
un cuerpo
con venas fulgurantes
desnudo y casi azul
de tan blanco
hecho de tiempo
se aproximaba crecía
cabellos
labios
inasible
sentado me esperaba
lo esperaba mirando las estrellas.
Desterrado del aire
con pliegues en sus párpados
la frente: una playa de luz
¿Era yo?
luna menguante
brazos de ceniza
sobre el despoblado
ya lejos de mi sangre

apartado del tiempo
ave o ángel
pez o embrión
trébol o árbol
desapareció un amanecer
en la corriente hacia otra parte.

Sequía

Hay una ventana sin luna
un hilo sin hierba

amarga
geométrica
punzante
la sequía está en la boca

y sólo detrás de las cortinas
oigo a gotas que ellos se besan.

La tecla negra

Morir

pulsar la tecla negra
fisura mate
donde aguarda cierta holladura

hundir
un tatuaje en la espalda
por los tejidos del pasado
y fermentar
la tecla aguda y blanca
hasta dar con la boca de la tierra
y devolver los jadeos
a la noche que beberá nuestras ansias.

Nocturno

En mármol aquellos vuelcos marinos,
en ópalos el pulso de sus dedos.
Supe de la estatua
cuando un adiós lo dejó inmóvil,
con el tiempo
vuelto átomos.
Supe de la estatua
en mi propio aliento
arrinconado, vacío de vaivenes.
Supe del espanto de mi piel
frente a su textura fría,
intransitable.

Turba

Voltear la esquina

hundir la cara
encontrar plumas negras
avestruces que antes volaban
dar vuelta a la esquina
torcerse la espalda
y unos lobos huyendo
cuando de otros ojos
tu mirada viene
y el tumulto de voces
forma pisadas.

Índice

- 11 Pórtico
- 13 El ángel
- 14 A una virgen
- 15 Santo Santiago
- 16 La noche
- 17 Diablos
- 18 Diablos terrenos
- 19 Diablos ígneos
- 20 Diablos incoloros
- 21 Diablos aéreos
- 22 Silueta

23 Una ventana

24 Reflejos

25 Espejismo

26 Oratorio

27 Arco

29 Vitrales

31 Bosquejo

32 Milagro perdurable

33 Virgen negra

34 Bóveda

35 Arcángel San Miguel

36 Cirios

37 El monje

39 Sombras

40 Altar mayor

41 Rezos

- 42 Túnica
- 43 Máscara
- 44 Bajo la luz
- 45 El cuervo
- 46 El último ciervo blanco
- 47 Iglesia
- 48 Olivo
- 49 Gobelino
- 50 Lago subterráneo
- 51 **Nave principal**
- 53 El hueco
- 54 Allí arden
- 55 La dama oblicua
- 56 Deslumbrada
- 57 *Lejoscerca*
- 58 Mientras

- 59 Cauce
- 60 Alas
- 61 El alto cedro
- 62 Lejanía
- 63 **Cantos**
- 65 Vísperas
- 66 Péndulo
- 67 Las muertes las vi
- 68 Arcos
- 69 El último nivel de la luz
- 70 Paraíso
- 71 Yo soy la virgen negra
- 72 Laúd
- 73 **Coro**
- 75 Solar
- 76 El aquelarre

- 77 La casa
- 78 Las doce
- 80 La dama
- 81 La trampa
- 82 Gatuno
- 83 Fábula
- 84 El ahorcado
- 85 La corcova
- 87 **Cripta**
- 89 Luna
- 90 Instantánea
- 91 Tumbas
- 92 Contraventana
- 93 Piedra
- 94 Gota
- 95 Sueño

- 96 Raíces
- 97 Árbol
- 98 Torso
- 99 Meridiano
- 100 Ángel de la guarda
- 101 María Magdalena
- 102 El reino del otoño
- 103 Hacia otra parte
- 105 Sequía
- 106 La tecla negra
- 107 Nocturno
- 108 Turba



*En un laúd —la
catedral*, de Silvia Eugenia

Castillero, se terminó de imprimir en julio de 2012, en los talleres gráficos de JANO, S.A. de C.V., ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II, C.P. 50200, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de mil ejemplares. Para su formación se usó la tipografía *Borges*, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación: Carlos César Contreras Becerril. Portada: Iván Emmanuel Jiménez. Cuidado de la edición: Luz María Bazaldúa, Delfina Careaga y la autora. Supervisión en imprenta: Iván Emmanuel Jiménez.

